

## MIERCOLES OCTAVA DE PASCUA

Lucas 24, 13-35

*Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado estos días?». Él les dijo: «¿Qué». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria». Y, comenzado por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro:*

*«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.*

La presencia de Cristo en nuestro caminar. A menudo caminamos por la vida con nuestras propias preocupaciones y pesares. Pero así como Jesús caminó junto a ellos, también está presente en nuestras vidas, incluso cuando no somos conscientes de ello.

El poder de las Escrituras para revelar a Cristo. Es a través de la lectura y la reflexión de las Escrituras que podemos profundizar en nuestra amistad y comprensión de quién es Jesús y cómo actúa en nuestras vidas.

El encuentro eucarístico como momento de revelación. La Eucaristía es un momento privilegiado de encuentro con Cristo, donde Él se nos da de manera tangible. En cada celebración, somos invitados a abrir nuestros corazones para reconocerlo en el pan y el vino, y experimentar su presencia viva entre nosotros.

La misión de compartir la Buena Nueva. Después de reconocer a Jesús, los discípulos regresan a Jerusalén para compartir la noticia con los demás. Nos recuerda que nuestro encuentro personal con Cristo nos llama a compartir la Buena Nueva con los demás, a ser testigos de su amor y su poder transformador en nuestras vidas.

Abramos nuestros corazones para reconocerlo en todos los momentos de nuestra vida y ser testigos de su amor y su gracia.